

creer en el desprestigio de todos aquellos que por algún título son envidiables; y, como sucede siempre, de todos era conocida menos de sus víctimas.

Nadie se atrevía, ni propios ni extraños, a decir una palabra al hidalgo ni a su hija, ni al marqués, de lo mucho que se encarnizaban en su honra, por temor a las consecuencias.

El duque no podía esperar más en vista del poco resultado de sus maquinaciones, y encomendándose al diablo, compró a peso de oro al vecino de la casa inmediata al hidalgo, que lo introdujo por las tapias del huerto, escalando después por una ventana el aposento de doña Gabriela, en tanto que ésta, por la reja del piso bajo, pelaba amorosamente la pava con el marqués.

Como sucede a los amantes, las horas transcurrían sin darse cuenta, y la pava se prolongó hasta cerca de la media noche.

La vieja criada del hidalgo había extrañado que aquella noche su joven señora no la hubiera llamado, como de costumbre, a las diez, para desnudarla, puesto que ignoraba que estuviera entregada a sabrosa plática con su novio.

Se había dormido, y cuando despertó, sobresaltada por el temor de haber caído en falta, subió al cuarto de Doña Gabriela, y al entrar en él, vio que por debajo de la cama asomaba el pie de un hombre, y que su señora no estaba en el aposento.

La sirvienta escapó y cerró la puerta, dando gritos de ¡ladrones!, dejando al duque lleno de espanto y sin saber qué hacerse en el dormitorio de Doña Gabriela.

Muy pronto oyó ruido en el interior de la casa y la voz del alférez, que pedía su arcabuz. El duque temió la ira del hidalgo, y que no le conociera en el primer momento, o que, aún conociéndole, desapareciera sobre él como sobre un ladrón.

—¿Y qué era en aquel momento el duque, más que un ladrón de honras?

Sintió un miedo terrible, que se convirtió en pavor al escuchar, próximos a la puerta, los pasos de los que se acercaban.

Se lanzó frenético al balcón, le abrió y saltó por él a una calleja; teniendo la fortuna de que el balcón tuviese poca altura, saliendo ileso de aquel mal paso.

El marqués, al oír los gritos de ¡ladrones!, abandonó la calleja y corrió a la puerta de la casa, que estaba a la vuelta; pero considerando que si llamaba en aquellos momentos revelaba su existencia, de todo punto injustificable junto a la casa, y teniendo en cuenta lo quisquilloso del honor del hidalgo, se volvió irresoluto, y tan a tiempo, que vió un bulto que se alejaba a la carrera.

Por el balcón del cuarto de Doña Gabriela se veía el reflejo de una lámpara que ardía constantemente delante de una preciosa imagen de la Concepción: luego no cabía duda que el ladrón había escapado por allí, y que se le había encontrado oculto en el cuarto de su amada.

El celoso e irritado pensamiento del marqués se fijó en el duque: tiró de la espada; se lanzó a la carrera; le alcanzó, le adelantó y le cortó el paso, poniéndose ante él, espada en mano, cuando el duque, llegaba precisamente delante de la casa del barbero.

Aunque la noche era cerrada, el marqués le reconoció por el bulto; y ciego de cólera, sin pronunciar una palabra y sin darle apenas tiempo para ponerse en defensa, cerró con él a estocadas.

La lucha fue tan brava como rápida; y algunos segundos después de haber resonado el choque de las espadas, el duque exclamó, sintiendo el frío del acero de su contrario en el pecho y una especie de vértigo horrible.

—¡Muerto soy! ¡Confesión!

El marqués se cubrió hasta los ojos con la capa y se perdió en breve en la oscuridad de la noche.

Algunos minutos después abrió sigilosamente la puerta el barbero; examinó al herido, y, al reconocer al duque, guiado sin duda por el lucro, lo metió en su casa con la ayuda de su mujer, no sin antes remover la tierra impregnada en sangre, para borrar todo vestigio que pudiera comprometerle, y se encastilló de nuevo en su vivienda, procurando que la puerta no hiciese ruido al cerrarla.

Pero apenas desapareció el barbero, se abrió la puerta de un casuco de enfrente, y salió un bulto pequeño y mezquino, envuelto en una especie de hopalanda con capucha, que se deslizó rápidamente hacia el extremo de la callejuela, que desembocaba en el campo. Una vez allí, siempre rápido, como que parecía, no que andaba, sino que le impulsaba el viento, recorrió un sendero, salió a la carretera y siguió, con su incansable rapidez, hacia Almagro, al que llegó en menos de dos horas.

Nuestro hombre se introdujo en la población; recorrió un laberinto de callejuelas, y fue a parar a una plazuela triangular, estrecha y sombría, uno de cuyos lados le formaban una pequeña casa y una tapia adherida a ella, que iba a apoyarse, por el otro extremo, en una gran casa de piedra, en una especie de palacio que determinaba otro de los lados de la plazuela.

Aquella casa era la antigua casa-solar del Corregidor don Julián Peralta, convertida por él en hospital en la parte del piso principal y segundo, y en escuela de niños pobres en el piso bajo.

La tapia que apoyaba en el ángulo de la izquierda de este palacio, y que continuaba en su parte posterior dando la vuelta en una gran extensión, hasta encontrar el casuco de que acabamos de hablar, cercaba el extensísimo terreno, en otro tiempo jardín, convertido por D. Julián en huerta para dar sus legumbres y sus frutas a los necesitados.

Aquel casuco había sido en otro tiempo la casa del jardinero, y D. Julián la había adecentado, aunque modestamente, y allí vivía humilde y entregado a su caridad, en buena armonía con el hortelano y su familia, que habitaban una parte de la misma casa y eran sus únicos criados,